



Christian Bobin

PRISIONERO *en la* CUNA



Traducción de Jesús Montiel

Ilustraciones de Andrea Reyes



Literaria

20

Serie dirigida por Guadalupe Arbona

Christian Bobin

Prisionero en la cuna

Traducción de Jesús Montiel

Ilustraciones de Andrea Reyes



Título en idioma original: *Prisonnier au berceau*

© Editions Mercure de France, 2005

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2020

Traducción y presentación de Jesús Montiel

Ilustraciones de Andrea Reyes

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-034-5

Depósito Legal: M-17725-2020

Printed in Spain

Este libro posee el certificado de procedencia forestal ambientalmente responsable, de acuerdo con el artículo 7.2 de la Ley 10/2007 de la lectura, del libro y de las bibliotecas

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

Se dice en este libro que un poeta siempre encuentra a otro poeta que despierta su admiración. Yo encontré a Christian Bobin. Un librito suyo titulado *Autorretrato con radiador*. Apremiado por la precariedad, me dedicaba entonces a escribir una novela negra. Al mismo tiempo, acaso para no olvidar mi verdadera vocación, redactaba *Notas a pie de instante*. Descubrir *Autorretrato con radiador* fue providencial. Como un GPS, me ayudó a reincorporarme a mi camino: tras renunciar a mis intentos por ser un escritor de novela comercial, aposté por la escritura con la que me encontraba más cómodo, la menos rentable. Hasta entonces yo había sido como alguien que se prueba muchos zapatos sin quedar nunca satisfecho. *Autorretrato con radiador* supuso el hallazgo de mi modelo. Aunque Bobin y yo tenemos vidas distintas (él en su bosque, sin hijos; yo con seis hijos, a las afueras de Granada), siento que somos hermanos de tinta, niños perdidos en

el mundo de los ordenadores. Cada uno con su zancada, pero usando los mismos zapatos: cierta sensibilidad, una sintaxis intermitente, la literatura como un camino para bular la dictadura del ego.

En *Prisionero en la cuna* Christian Bobin evoca su infancia prisionera en la ciudad de la que nunca se ha ido, Le Creusot, en la Borgoña francesa. Una ciudad discreta en la que un niño retraído pasa los días conversando con las hortensias, estudiando las nubes que se deslizan sobre un patio de luces, siguiendo las peripecias de la mariposa.

Las ruinas de las fábricas de los hermanos Schneider, además del martillo pilón que decora una rotonda, son los vestigios del pasado metálgico de Le Creusot. Una ciudad que prosperó gracias a la industria del acero. En la actualidad, la única fábrica que sigue en pie está en el bosque de Saint-Fernin, en un antiguo aprisco al que se accede por una senda de tierra. Una fábrica de tinta cuyo único empleado es un corazón agradecido, el de Christian Bobin. Un hombre que quiere ser enterrado en un copo de nieve. Ese niño que respira aquí, en estas páginas.

Jesús Montiel
Granada, abril de 2020

Prisionero en la cuna

He vivido siempre en dos ciudades: Le Creusot y la ciudad que hay encima, entre las nubes.

Apartando la cortina del azul, tres ángeles descendieron del cielo. Entraron por la ventana de la cocina, se sentaron en torno a la mesa y, sin decir una palabra, me miraron. Sabía quiénes eran. Venían de mi infancia, prisionera de los reflejos azules de un macizo de hortensias y de los trinos con los que, una vez tras otra, un mirlo intentaba romper una soledad demasiado larga. El ángel de las horas muertas, el ángel del corazón vacío y el ángel del cielo pobre trajeron con su silencio la respuesta que ayer no supe darle a ese hombre prendado de la cultura que me preguntó riendo cómo es posible vivir y escribir en este rincón perdido de Le Creusot.

Nadie sueña con venir a vivir a Le Creusot, lo que basta para otorgarle a esta ciudad

el sacramento de la belleza más indiscutible, propiedad de toda clase de marginados, analfabetos y cojos. No hay nada aquí, ni iglesia barroca ni suntuosas mansiones. Nada salvo las estaciones que pasan encendiendo con sus colores los jardines obreros.

El nombre de Le Creusot aparece en el diario de Paul Claudel, en el mes de diciembre de 1916. Solo aparece. Un insignificante guijarro gris, anguloso, perdido en mitad de las pedrerías de los nombres de algunas ciudades prestigiosas de Italia y Suiza. El observador Claudel no vio nada en Le Creusot. Justamente sobre la sólida roca de esa «nada» los ángeles levantan siempre sus palacios de luz y sus catedrales de aire.

El alma metálica de Le Creusot destroza toda la ropa bonita que se le quiere poner. Hasta lo que llaman «Palacio de las Vidrieras» parece más una fábrica que un palacio. Los cristales, que fueron fabricados para la reina María Antonieta, tienen un aspecto grosero, como si anunciaran las locomotoras y los cañones que saldrían de las fábricas un siglo más tarde. En la atmósfera de esta ciudad, el cristal se vuelve tan pesado como el acero. En esta atmósfera, precisamente, he buscado un sentido a la fugacidad de los días, ovillado en un abrigo de rudeza en el que he ido descubriendo poco a poco el forro de gracia.

Cuando no hay nada que ver, los ojos se empiezan a abrir y las visiones se multiplican. Un erizo de castaña en el parque de la Verriere, abierto tras haber rodado por tierra, libera una luz repujada, martillada por un joyero celeste. Una taza de café desaparejada, en el aparador de mi madre: de la cesta que hay pintada sobre la porcelana blanca con ribetes dorados, tres violetas caen sin hacer ruido en el alma del bebedor. O también un relojero que tiene la suerte de no vender nada desde hace treinta años: expuestos en su escaparate, todos los relojes están en hora mientras él, sin un cliente que lo importune, fuma su pipa en la trastienda, fuera del tiempo.

En la infancia, paseando con mis padres por las calles de Le Creusot, caí en la cuenta de que la estructura de esta ciudad plomiza es la de un copo de nieve: avenidas desiertas trazadas con regla, plazas ventosas y, brotando de las callejas, rodando por los jardines secretos, el azul real de un cielo ardiente.

Calle Fontaine. Oculta a los transeúntes, una amplia franja de tierra iluminada por soñadores árboles frutales ofrece sus maravillas a las nubes que pasan por el cielo. Haría falta que mil empleados de la limpieza frotasen mil años los suelos de Versailles para que estos acogieran tanta

luz como este jardín que oculta el paraíso tras su cerco de pobreza.

Durante algunos años, mi padre alquiló a la fábrica una parcelita de tierra para cultivo, situada debajo de un camino. Iba allí a disfrutar de la bienaventurada vida del silencio, cavando, desmalezando, parándose a fumar un cigarrillo y a mirar las peonías responder a las impertinencias del viento con una risa de jovencitas. Dejando en el umbral sus zapatos de inquietud, el tiempo entraba descalzo en la cuesta del jardín. En el centro, un melocotonero reumático ofrecía su fruto. Yo admiraba el viejo terciopelo de su piel, el hueso denso cuyos surcos, profundos, parecían los pliegues del cerebro de una fiera petrificada. Había también una cabaña de tablas. Su madera, con grandes nudos, lapidada por las lluvias y acosada por el sol, me conmovía tanto como la visión de un mártir.

En Le Creusot, el ángel de la vida duerme al fondo de los jardines obreros, en los cobertizos para herramientas. Su corazón, arrugado como una peonía, posee la impresionante dulzura de aquellos que ya no aspiran a nada.

Una vez resucitó, la Iglesia empezó a enterrar a Cristo más profundamente de lo que habían hecho los romanos. Lo convirtió en lo que nunca había pretendido ser: el fundador de una religión.

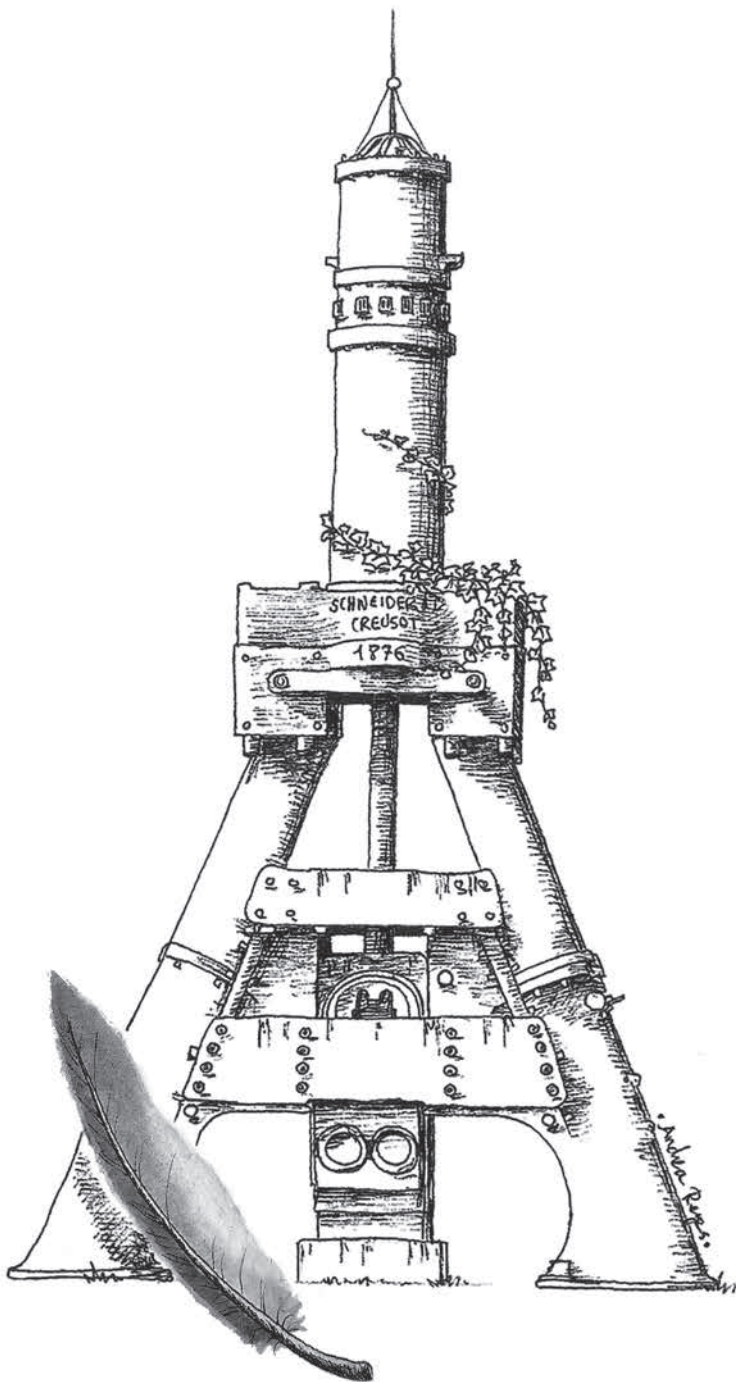
A golpes de incensario, lo metió en su nuevo sepulcro e hizo rodar la pesada piedra de los dogmas y las bellas artes. Igual que la anterior, esta tumba está vacía: el rey de los pobres ha preferido deslizarse de noche hasta el jardín del poeta Jean Grosjean¹. Se hospeda en una de sus maravillosas cabañas, que son sus libros.

Volviendo del parque de la Verrerie, al pasar bajo las ventanas del palacio que ha sido largo tiempo el domicilio de los príncipes de la metalurgia, escuché piar a un gorrión. Cada uno de sus gorjeos aclaraba el cielo. En la terraza, una rosa le respondía con los murmullos de su perfume. Satisfecho, me alejé del palacio que tenía por rey a un gorrión.

Cerca del pequeño estanque, en una zanja del parque de la Verriere, he visto el ala arrancada de una tórtola. Un dibujo caído de un grabado de Durero.

Escribo este libro para todos los que tienen una vida sencilla y muy hermosa, pero que terminan dudándolo porque únicamente se les propone lo espectacular.

¹ Jean Grosjean es quizá el autor que más ha influido en Christian Bobin. Sobre todo su libro *L'ironie christique* (Ed. Gallimard, 1991), una glosa poética del evangelio joánico donde el poeta subraya la discreción de Dios, su abajamiento.



Era el prisionero más joven de toda Francia. Iba de mi habitación al patio y del patio a mi habitación. Cada verano lo pasaba encerrado en casa, recorriendo el claustro de las lecturas, disfrutando del frescor milagroso de tal o cual frase. Cuando quería salir, un ángel cerraba la puerta. Renunciaba a mi proyecto y volvía a mi habitación. El ángel me arrebatava la vida. La reencontraba en los libros.

Estuve solo dos mil años, el tiempo de la infancia. De esta soledad nadie es responsable. Bebía silencio, comía cielo azul. Esperaba. Entre el mundo y yo se interponía un muro sobre el cual montaba guardia un ángel que sostenía en su mano izquierda una hortensia, una suerte de bola de nieve azul. En esos dos mil años de cautiverio interrogué muchos libros. Leía como el extranjero que despliega un mapa para encontrar el punto en el que se encuentra antes de buscar aquel

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Guadalupe Arbona Abascal (Directora)

Profesora de Literatura Española, Universidad
Complutense de Madrid

María Dolores de Asís Garrote

Catedrática de Literatura Universal, Universidad
Complutense de Madrid y San Pablo CEU

María del Carmen Bobes Naves

Catedrática de Teoría de la Literatura, Universidad de
Oviedo

Sergio Cristaldi

Professore di Letteratura Italiana, Università di Catania

Henry (Hank) T. Edmondson III

Professor of Liberal Arts and Sciences, Georgia College
& State University

José Jiménez Lozano

Escritor

Jon Juaristi

Catedrático de Literatura Española, Universidad de
Alcalá de Henares

José Antonio Millán-Alba

Catedrático de Literatura Francesa, Universidad
Complutense de Madrid

Álvaro de la Rica Aranguren

Profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada

En esta obra íntima y bellamente ilustrada, Christian Bobin evoca su infancia —hermosa a la par que terrible, como los ángeles— transcurrida en Le Creusot, en la Borgoña francesa, ciudad de la que nunca se ha ido. La delicadeza, sabiduría y brevedad aforísticas a las que acostumbra el autor invitan al lector a pasearse, rodeado de flores o bajo la nieve, por una ciudad en la que «porque no hay nada que ver, los ojos se empiezan a abrir y las visiones se multiplican».

«Era el prisionero más joven de toda Francia. Iba de mi habitación al patio y del patio a mi habitación. Cada verano lo pasaba encerrado en casa, recorriendo el claustro de las lecturas, disfrutando del frescor milagroso de tal o cual frase. Cuando quería salir, un ángel cerraba la puerta. Renunciaba a mi proyecto y volvía a mi habitación. El ángel me arrebatava la vida. La reencontraba en los libros».



ISBN: 978-84-1339-034-5



9 788413 390345